

### En torno al esperanto

**A** FORTUNADAMENTE, el hombre ha sido dotado de la suficiente capacidad mental para conocer la verdad y, por ello, no siempre acepta determinadas propuestas que le ofrecen otros individuos de su misma especie. A pesar de ello, sin embargo, a veces sí siquiera es consciente de lo que desea y de las presiones sociales que sufre. La satisfacción de los necesidades inmediatas, el conservadurismo de quienes disfrutan un status social relativamente aceptable, aquello de que más vale postular un mundo que el que tenemos y la posibilidad de tomar una decisión errónea que les haga perder el prestigio social y el confort material de que gozan — o esperar gozar — aseguran el éxito de las minorías bien organizadas decididas a imponer un determinado tipo de actitudes sociales.

Está perfectamente comprobado que, de acuerdo con la ley psicológica del mínimo esfuerzo, es posible conseguir de las masas humanas los resultados más dispares. Así, acontece que, lo que en un principio es considerado como algo totalmente rechazable, poco a poco se va tolerando y, al final, es aceptado e incluso defendido. Las vendedores de libros conciben perfectamente el proceso psicológico subyacente y los recursos que deben accionar para alcanzar los objetivos que persiguen, para lo cual disponen de los más sofisticados recursos que llegan a crear, en el individuo, la conciencia de que actúa libremente. En este sentido, cabría mencionar innumerables casos. No obstante, y en aras de la brevedad, reflexiones, al menos, sobre uno muy conocido relacionado con el esperanto.

Frecuentemente se afirma, que conociendo la lengua inglesa uno puede comunicarse con personas de cualquier país del mundo. Pues bien, esto no corresponde a la realidad, sino que se trata sencillamente de una verdad a medias (las que más daño producen, precisamente, son las de esta especie). Y si no, que respondan los mismos ingleses que visitan la Costa del Sol. ¿Qué porcentaje de personas encuentran con las que puedan mantener una

conversación normal en inglés? Claro que, una así, se me dirá que en los hoteles y restaurantes siempre hay gente que nos comprende si hablamos en ese idioma. Para una argumentación semejante existe una respuesta contundente: se trata de una minoría muy reducida, con un mínimo dominio del idioma y con la cual, por muchas veces, los nativos de habla inglesa sostienen una conversación que enriquece culturalmente a ninguno de los interlocutores.

Y es que se trata de un grave error de planteamiento. El idioma inglés — y lo mismo podría afirmarse de cualquier otro nacional — no es hoy, ni lo será jamás, el medio ideal para resolver el problema de la comunicación personal directa a nivel universal. Para demostrarlo, podría añadir innumerables hechos reales y motivos teóricos, pero me limitaré a resaltar, solamente, algunos.

Porqué el pueblo no comprende ni domina otro idioma más que el propio, los turistas siguen regularmente al guía cuando visitan un país cualquiera de lengua diferente. Saben perfectamente que se encuentran atados en un modo de la multitud, por motivos lingüísticos.

Las lenguas nacionales sirven a intereses nacionales. Por otra parte, el sentimiento de la propia dignidad excede de los demás, que se respetan los propios valores culturales (tanto como los ajenos). Y, sin embargo, el uso de una cualquiera de las lenguas nacionales implica, necesariamente, el contacto y conocimiento de una cultura en detrimento de las demás.

Cuando un Estado logra la preponderancia política en un área geográfica concreta, siempre procura introducir su idioma en los planes oficiales de enseñanza de los países dependientes de aquel. Siempre se opina que los intercambios culturales — y los otros — aumentarán en calidad y en cantidad, pero, también siempre, queda demostrado,

sobradamente, que los éxitos alcanzados en este sentido son inferiores y, desde luego, totalmente desproporcionados al esfuerzo político-económico realizado para lograrlos. Reconozco que, repasando la Historia Universal, nos encontramos con casos de una colonización tan completa que, prácticamente, hizo desaparecer la lengua de los nativos. Pero, a fuer de sinceros, reconocemos igualmente que los «éxitos» que corren hoy día hacen impopulares tales medidas de colonización descarada e incluso la otra más sutil, la que se produce a través del uso silencioso de una lengua nacional cualquiera.

Así pues, cabe afirmar que sería innecesario de enfatizar la importancia de cualquier lengua de entre las tradicionalmente llamadas naturales hasta el extremo de considerarla como la auténtica solución al problema de la comunicación a nivel mundial está condenado a fracasar más o menos tarde. La respuesta de la historia es rotunda también en esta ocasión. Y es que las cosas son como son, por más que nos imaginemos y deseemos lo contrario. Pero profundicemos un poco más en el tema.

Sabemos por la Filosofía que toda idea contiene un determinado número de notas, que al conjunto de tales notas se le llama comprensión de la idea y que al total de cosas que están dotadas de tales notas se le aplica el nombre de extensión de la idea. Pues bien, todo ello, aplicado al concepto de lengua internacional, nos lleva a la conclusión de que su comprensión debe incluir muy pocas notas, puesto que su extensión es mundial, pues, lógicamente, la comprensión de cualquier idea está en razón inversa, es inversamente proporcional, a su extensión, por ello, al idioma verdaderamente internacional hay que dotarlo de unas características tales, que le hagan aceptable para el mayor número de personas. Debe ser el idioma de todos y para todos; no

puede ser el idioma de algunos para todos.

Aparte de los intentos de turno de establecer como lengua universal alguna de las nacionales, hay que destacar el esfuerzo de una larga lista de personas encabezadas por pensadores como Descartes, Leibniz, Comenius, continuada por muchísimos más, entre los que cabría citar al escocés Delgrimo, el francés Delarjuel, el español Sotos Ochoando, Schleyer (fundador del Volapük), Dormoy (creador del Babla), Talandberg, Foster, Von Arnim, Agopoff, Damir, Baranowski, Rosental, Couturat, Malou, Penno, Zamenhof y muchísimos más. Han sido más de quinientos los proyectos de lengua internacional publicados hasta hoy, pero solamente uno ha logrado superar la prueba del tiempo. Naturalmente, me estoy refiriendo al esperanto, que avanza a pesar de los graves inconvenientes derivados de intereses políticos, económicos y culturales adversos que han regido — y regirán — las relaciones internacionales y, a pesar de la impaciencia y desilusión de quienes verían con agrado que todo el mundo aceptara esta lengua para que luego, ellos sin esfuerzo y sin riesgo de ningún género, pudieran disfrutar las ventajas de su uso.

Verdad es que, resulta extraña la actitud de ciertas personas hacia el esperanto. A mi entender, creo que no se debe emitir juicios de valor sobre nada si, previamente, no se ha profundizado en el correspondiente estudio. Por eso, tiene las apariencias de algo grotesco la actitud de quienes «despachan» a priori la cuestión del esperanto con una sonrisa benevolente o socorrida. Es inaceptable el hecho real de que determinadas personas, que han conseguido sobresalir en alguna faceta de la cultura, infravaloren las aportaciones de los demás si no van acompañadas del marchamo de un título otorgado por un organismo oficial. Sembrante conducta chocará frontalmente con el cientifismo de que hacen gala y,

por este motivo, la contradicción interna de su pensamiento es evidente.

Suamos sinceros de una vez por todas. El esperanto no goza de mayor número de simpatizantes y practicantes en el mundo a causa de la oposición de grupos sociales concretos y perfectamente identificados. Pero, donde quiera que esta lengua encuentra apoyo, por mínimo que sea, avanza y se difunde. ¿Ejemplos? Ahí están los casos de China, Polonia, Yugoslavia, Rumanía, Brasil, Hungría, Bulgaria, Suiza y Francia, por citar algunos; las cinco emisoras mundiales de la Radio Internacional Suiza, las cuatro horas diarias de Radio Pekín, las dos horas diarias de Radio Polonia, las emisiones de Radio Vaticana; las tesis de licenciatura y similares en torno al esperanto, defendidas en diferentes universidades; cuatro librerías malagueñas que colaboran eficazmente poniendo a disposición del público libros relativos a este idioma, etc. etc. Y esto no es triunfalismo, sino hechos con probables.

Ahora que todos hablamos de democracia conviene ser precavidos para distinguir la calidad de la que se nos ofrece en cada caso. Valdría la pena considerar, de vez en cuando, que el predominio de una lengua nacional sobre otra cualquiera se opone frontalmente al concepto de democracia lingüística. El respeto a las minorías culturales existe ser sinceros para impedir que un totalitarismo con apariencias democráticas campe a sus anchas abastacizando la natural evolución de los correspondientes etnias. La colonización informativa soportada por la casi totalidad de los pueblos es una muestra del funesto alcance de las consecuencias mencionadas más arriba.

Por eso, los esperantistas trabajamos en la difusión del esperanto, porque deseamos que la democracia, también a nivel lingüístico, sea una realidad plena de contenido. Nosotros defendemos el uso de cada una de las lenguas existentes y el del esperanto. Esta es la única vía a nivel universal por ser de todos y para todos.

Sin chauvinismos ni pedanterías.

Andrés Martín González